

Pedro Henríquez Ureña, latinoamericanista

Por Martín Sozzi¹

Yo no soy contemplativo: quizás no soy escritor en el sentido puro de la palabra: siento necesidad de que mi actividad influya sobre las gentes, aun en pequeña escala. Y en París yo podría hacer cosas mías, pero estaría fuera del campo de acción que me atrae, que es América.

Pedro Henríquez Ureña, Carta dirigida a Alfonso Reyes

La noche del 10 de mayo de 1946, Pedro Henríquez Ureña asistió a la librería Viau de Buenos Aires para integrar el jurado de El Libro del Mes, conformado también por Ricardo Baeza, Jorge Luis Borges, Ángel Battistesa, Adolfo Bioy Casares, Enrique Amorim y Ezequiel Martínez Estrada. Precisamente este último refiere haberlo visto en esa ocasión “fatigado, sobrefatigado, exhausto” (HENRÍQUEZ UREÑA DE HLITO, 1993: 154). A la mañana siguiente, la del sábado 11, el dominicano debería haber asistido a un almuerzo en el restaurant de Harrods con sus amigos de la editorial Losada (en ese momento dirigía la colección Cien Obras Maestra de la Literatura), pero prefirió –como era su costumbre- cumplir con sus obligaciones académicas. Con ese objetivo, se encaminó hacia la estación Constitución para tomar el tren que lo conduciría a la ciudad de La Plata y dictar allí sus clases habituales. Es posible que estuviera demorado, por lo que decide apurar el paso para llegar puntualmente y cumplir con el inflexible mandato del deber que lo guio durante toda su vida. Alcanza el tren y toma asiento junto a su amigo Augusto Cortina, quien ya se encontraba en el mismo vagón. Poco después

¹ Es Profesor y Licenciado en Letras (UBA), Especialista en lectura, escritura y educación (FLACSO) y doctorando del programa de doctorado en Teoría Comparada de las Artes (UNTREF). Se desempeña como investigador del Instituto de Literatura Hispanoamericana (UBA), del Programa de Estudios Literarios Latinoamericanos y Comparados (UNTREF), de la Universidad Nacional de General Sarmiento y de la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Profesor de Literatura Latinoamericana I (UBA), su ámbito de investigación está relacionado con el estudio de la literatura colonial y la historiografía literaria latinoamericana, temas sobre los que ha publicado artículos en libros y revistas especializadas.

de iniciado el trayecto, el propio Cortina, los eventuales pasajeros, el azaroso guardia descubren que está muerto.

Toda la escena nos permite ilustrar dos circunstancias que acompañaron a Pedro Henríquez Ureña durante buena parte de su vida: por un lado, el exceso de trabajo y el cumplimiento del deber; por otro, los viajes constantes, agotadores, ingratos en ocasiones, que llevaron a Enrique Krauze a denominarlo “el crítico errante” (KRAUZE, 1985: 12).

Destino, América Latina

Nacido en 1884 en Santo Domingo -actual República Dominicana-, Henríquez Ureña recorrió desde muy joven diversos países y ciudades de América y Europa: San Juan de Puerto Rico, Nueva York, Washington, Minnesota, Berkeley, Chicago, La Habana, Veracruz, Ciudad de México, Madrid, Buenos Aires, con muchas idas y vueltas, estuvieron entre sus destinos principales. Esa deriva geográfica influyó de modo decisivo en su formación, tal como lo ilustra el propio dominicano desde las páginas de sus *Memorias*, al relatar su estadía en Nueva York. A esa ciudad llegaría lleno de prejuicios a causa de la nordomanía que la lectura del *Ariel* de José Enrique Rodó, publicado en 1900, le había provocado y por la forma en que había contribuido a establecer una idea previa, prejuiciosa, de los Estados Unidos.² Allí, en ese espacio paradigmático de la modernidad, a la que ya se había asomado en Puerto Rico, saturaría sus días con la continua asistencia a los teatros neoyorquinos -el teatro, una de sus grandes pasiones desde niño-, la presencia en conciertos y funciones de ópera, el estudio del inglés y de la literatura anglosajona, la participación en círculos intelectuales, entre otras actividades.

Si en los primeros años que relata en ese texto autobiográfico, su supervivencia fue tranquila debido al buen pasar económico de su familia, poco después, hacia el año 1903 (a causa del golpe de estado contra el presidente de

² “Mis impresiones se atropellaban un poco, y yo las veía todas á través del prejuicio anti-yankee, que el Ariel de Rodó había reforzado en mí, gracias á su prestigio literario; no fue sino muchos después, al cabo de un año, cuando comencé a penetrar en la verdadera vida americana, y a estimarla en su valer.” (HENRÍQUEZ UREÑA, 2000: 66).

Santo Domingo, Juan Isidro Jiménez), empezaría ciertas dificultades que lo conducirían a buscar ocupaciones que le permitieran subsistir: desde empleado de oficina, hasta periodista. “Vi entonces de cerca la explotación del obrero”, dirá en sus *Memorias* (HENRÍQUEZ UREÑA, 2000: 82). Ese mandato que lo conduce a cargarse de ocupaciones, sumado a una necesidad de manutención económica que muchas veces lo distraería de sus estudios más formales, derivaría en una serie de labores, algunas de las cuales las va a desarrollar de forma simultánea: traductor, antólogo, profesor, ensayista, director de colecciones de libros, prologuista, escritor de poesía y ficción, filólogo, helenista, gestor cultural, funcionario, conferencista...

Entre los años 1914 y 1915, momento en el que pasa una temporada en Washington como corresponsal para el diario *El Heraldo de Cuba*, le escribe a Alfonso Reyes: “...no soy más que una máquina de hacer artículos...” (HENRÍQUEZ UREÑA, 2004: 463). La confesión nos hace pensar en las condiciones de vida del intelectual latinoamericano en los momentos en que se está consolidando la profesionalización del escritor: lejos de su patria, sin estabilidad laboral, sin contar con tranquilas condiciones para producir una obra que no esté limitada al fragmento de la colaboración en revistas o diarios, lo que tiñe a la vida de una sensación de desaliento. Recuerda las circunstancias en que medio siglo después –aunque en otros contextos en los que se inmiscuirá la política de forma más pronunciada- otro gran crítico de nuestras tierras desarrolló su labor y su obra: Ángel Rama (cfr. RAMA, 2001).

Esa pulsión por el trabajo y esos traslados permanentes –que en ocasiones constituyeron una elección y en otras una obligación- que lo marcaron durante casi toda su vida, no representaron nunca un fin en sí mismo, sino que formaron parte de una búsqueda por la gran pasión que orientó sus esfuerzos: el interés por la consideración de América Latina (a la que se referirá como “hispanica”), por su estudio detallado, enfermizo a veces, por la utopía de recorrer el camino inverso al de la división en las diferentes territorios nacionales y de reestablecer la totalidad de ese objeto perdido: la prosecución de la magna patria, de la unidad latinoamericana desde México hasta la Argentina. Emilio Carilla, el crítico

argentino, sostiene que “...América –de un extremo a otro, sin distinciones egoístas ni banderías- fué la meta de su vida y el eje preferente de sus escritos.” (CARILLA, 1956: 44). En este sentido, es posible afirmar que Henríquez Ureña toma distancia de algunas formulaciones anteriores, casi contemporáneas, que ponían en duda la postulación de América Latina como una realidad en vías de consumarse y, fundamentalmente, la de una literatura conformada a nivel continental.

Entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, existieron diversos intentos por cuestionar la existencia efectiva de la literatura latinoamericana y gran parte de la estrategia de Pedro Henríquez Ureña está orientada a contradecir esa creencias. En el Prólogo a una de las primeras historias de la literatura hispanoamericana, escrita en 1916 por Alfred Coester – *Literary History of Spanish America*- el especialista norteamericano alude a palabras pronunciadas por Bartolomé Mitre:

A professor in Argentina wished a few years ago to establish a course for students in Spanish-American literature. The plan was opposed by Bartolomé Mitre ex-President of the republic and himself a poet and historian of the first rank, on the ground that such a thing did not exist. He held the view that mere numbers of books did not form a literature; though united by the bond of a common language, the printed productions of Spanish Americans had no logical union nor gave evidence of an evolution toward a definite goal (COESTER, 1916: VII-VIII).

Algunos años después, en la década del 20, será Baldomero Sanín Cano en un artículo titulado “¿Existe la literatura hispanoamericana?”, quien vacilará respecto de esa existencia.³ El ensayista colombiano dictamina que “...no es posible llegar a la conclusión de que exista una literatura hispanoamericana” (SANÍN CANO, 2011: 50). Varios son los argumentos que esgrime para defender su posición: por una parte, la fuerte dependencia de la literatura hispanoamericana respecto de la española; por otra, el estado de incomunicación existente entre los

³ No tenemos certeza del año de publicación del artículo. El mejor dato lo aporta Antonio Fernández Ferrer en “Recurrencia de una ‘paradoja’ en la teoría e historia literarias: sobre la *inexistencia* de la literatura hispanoamericana”. Allí afirma que el artículo de Sanín Cano se publicó unos cuarenta años después del *Cuaderno de apuntes* de José Martí. El *Cuaderno* fue publicado en 1881, razón por la cual podemos suponer que el de Sanín Cano es de comienzos de la década del 20, vale decir, poco antes de que Pedro Henríquez Ureña presentara las conferencias que luego formarían los *Seis ensayos*...

diferentes países hispanoamericanos, hecho que no permitiría pensar a nuestra literatura en términos continentales;⁴ finalmente, alega que toda obra de mérito debe tener un fuerte anclaje en su patria y que resulta difícil a una obra escapar a este postulado.

Pero si estas posturas van encaminadas a limitar la idea de la existencia de una literatura con entidad suficiente como para ser considerada latinoamericana en su conjunto por falta de peso propio, por la falta de integración continental y, por tanto, de la circulación de las obras, la posición de varios críticos españoles de fines del siglo XIX y de comienzos del siglo XX apunta a postular a nuestra literatura como una provincia de la española, como una parte constituyente de ella. Podemos conjeturar que existe tanto en Menéndez Pelayo, como en otra serie de comentaristas españoles de ese mismo momento (Juan Valera o Miguel de Unamuno, por ejemplo), una idea de continuidad cultural imperecedera entre España e Hispanoamérica dada por el hecho de haber concebido el proceso de conquista y, como fruto de ese proceso, haber provocado un fuerte predominio a través del idioma, la religión, la cultura. Si bien las guerras de independencia generaron una separación en lo político -parecen decir- esa separación, ese hiato, esa brecha, no se produjo en el terreno cultural: Hispanoamérica sigue siendo España. En un artículo de 1905, “Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana”, Miguel de Unamuno afirma que “la república de nuestras letras [es] –una misma allende y aquende el Océano-...” (UNAMUNO, 1957: 73).

Algunos años antes, en 1897, el editor Firmin-Didot publica en París un libro de Edmond Demolins que tuvo cierta repercusión: *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*. Traducido dos años después al español y publicado en Madrid, postula la superioridad de los pueblos de cultura anglosajona frente a los de otras latitudes y dedica algunas líneas específicas a los pueblos latinos:

Voyez ce que l'Espagne et le Portugal ont fait de l'Amérique du Sud et voyez ce que l'Anglo-Saxon a fait de l'Amérique du Nord. C'est la nuit et le jour (DEMOLINS, 1897: III).

⁴ A diferencia de Baldomero Sanín Cano, Susana Zanetti considera que durante el modernismo comenzaron a tenderse redes continentales de religación que contribuirán a establecer vías de comunicación entre diferentes sectores de América Latina.

Pero Henríquez Ureña estaba profundamente convencido de la existencia y del valor de la América Hispánica y de su cultura. Retomará las ideas políticas que guiaron los pensamientos de Simón Bolívar algo más de un siglo antes. En la conocida “Carta de Jamaica”, escrita hacia 1815, el venezolano establecía que

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. (...) Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras partes del mundo (BOLÍVAR, 1983: 81).

Henríquez Ureña, reconsidera las ideas dejadas vacantes por Bolívar algo más de un siglo antes y avanza en el terreno simbólico en pos de la construcción de una totalidad continental:

La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más (HENRÍQUEZ UREÑA, 1989: 5).

Afirmará en “La utopía de América” (1925)⁵ y agregará algunas líneas después: “La desunión es el desastre”. La imposibilidad que Bolívar percibía en el intento unificador, se transforma en Henríquez Ureña en utopía posible, distante pero accesible. La utopía, como aclara en ese mismo ensayo, es considerada en el sentido clásico que puede asignársele a la palabra, esto es, no como un “juego de imaginaciones pueriles”, sino como una búsqueda constante de perfeccionamiento. Y ese perfeccionamiento, en la concepción de Henríquez Ureña, solo puede ser alcanzado mediante el trabajo (palabra que se repite de forma incesante en buena parte de su obra) y el esfuerzo humano, como profesará en “Patria de la justicia” publicada también en 1925: “...hay que trabajar con fe, con esperanza todos los días. Amigos míos: a trabajar”. (HENRÍQUEZ UREÑA, 1989: 11)

Destaca, además, la labor intelectual en esa búsqueda de unidad por sobre la de los libertadores: la unidad cultural, por sobre la política. Así, la labor de

⁵ Originalmente fue una conferencia pronunciada en la Universidad de La Plata en 1922.

Sarmiento, Alberdi, Hostos (Henríquez Ureña, agregamos nosotros) es la de “verdaderos creadores o libertadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia” (HENRÍQUEZ UREÑA, 1989: 6)

Henríquez Ureña, historiador de la literatura

En los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Henríquez Ureña se propone de forma programática un sondeo en busca de una expresión propia. Pero lo que el dominicano está planteando allí no es una búsqueda en el sentido en que se recurre a esa palabra cuando se trata de “buscar algo que se ha perdido”. En su concepción, no existe una esencia que es previa a la exploración emprendida y que debe ser localizada, confinada, manifestada. No está pensando en un develamiento, es decir, en el corrimiento de un velo, que permitiría visualizar una entidad verdadera que estaba oculta y que debía ser encontrada y exhibida a la manera de la *αληθεια* griega. Lo que percibimos en el dominicano es una actividad exploratoria. Esa indagación implica, entonces, una pesquisa, un estudio tanto de las fuentes autóctonas, como de las foráneas. Es decir, esa búsqueda constituye, en el fondo y también, una utopía: la de la persecución permanente y sostenida de la expresión diferenciadora, que se encuentra siempre desplazada hacia un futuro incierto. No existe un pasado dado –como decíamos- en el que se pueda encontrar un fundamento último de nuestra expresión, un fundamento metafísico -el *ser* latinoamericano- que permita explicar causalmente una expresión latinoamericana, la vana indagación de un origen anterior al tiempo y que está del lado de los dioses –como planteaba Foucault al analizar la genealogía nietzscheana (cfr. FOUCAULT, 2004).

La literatura latinoamericana no puede escudriñarse en un origen divino, en una esencia previa, sino que –para Henríquez Ureña– debe ser vista como un proceso de constitución, una búsqueda hacia el futuro (y no hacia el pasado, como señalamos). Se constituye en un proceso, en un hacerse, en una permanente realización. Al no haber un origen metafísico, tampoco existe un futuro prefijado. Las “corrientes” que propondrá Henríquez Ureña años después en su obra fundamental, las *Corrientes literarias en la América hispánica*, no se encuentran

establecidas de antemano, sino que esos cauces de agua –para continuar con la metáfora que utiliza en ese libro - horadan el territorio por el que avanzan, organizan su recorrido, construyen sus propias redes de circulación. La tarea del historiador consistirá, entonces, en postularlas a través de su labor interpretativa.

La idea de escribir la historia literaria de América Latina no surge en el caso de Pedro Henríquez Ureña como producto de una iluminación fulminante o de un acto repentino de inspiración. Es un proceso que se viene anunciando de forma explícita desde al menos veinte años antes de verse concretado en *Las corrientes...*

Ese interés encuentra un germen y acumula antecedentes en su propia familia. En 1896, es decir cuando era todavía un niño de 12 años, Pedro se dedica, en primer lugar, a la confección de dos antologías de poetas dominicanas y cubanas; luego, junto a su hermano Max, emprende la confección de otras dos antologías de poetas dominicanos. Para la labor, se basan en la *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo* en la que había participado su madre, Salomé Ureña. La *Reseña...* fue remitida a la Real Academia Española y tenía como finalidad servir como insumo para la *Antología de poetas hispano-americanos* de Menéndez y Pelayo. Precisamente uno de los procedimientos privilegiados para historiar la literatura durante el siglo XIX y buena parte del XX lo constituye la confección de antologías organizadas en función de diferentes intereses, amplitudes y ejes. También en la misma época concibe la posibilidad de escribir una historia de la poesía dominicana.

A mediados de los años 20 el dominicano, presenta dos artículos clave en función de su futura historia de la literatura. En septiembre de 1925, publica en la ciudad de La Plata “Caminos de nuestra historia literaria”. Allí se pregunta la razón por la cual son los extranjeros quienes emprenden la tarea de escribir la historia de nuestra literatura y, como ejemplos, introduce los casos del norteamericano –mencionado en páginas anteriores– Alfred Coester y del alemán Max Leopold Wagner⁶. Menciona también el caso de Menéndez y Pelayo, a quien reprocha el

⁶ La obra de Max Leopold Wagner es *Die Spanisch Amerikanische Literatur in ihren Hauptströmungen*. Leipzig-Berlin, B. G. Teubner, 1924.

no haber establecido líneas y corrientes de pensamiento o estéticas, sino la consideración individual de diferentes figuras: “Don Marcelino Menéndez y Pelayo [...] se consagró a describir uno por uno los árboles que tuvo ante los ojos” (HENRÍQUEZ UREÑA, 1989: 46). Es decir que lo que allí falta, para el dominicano, es la visión de conjunto, la idea de una serie, de un sistema organizado. Siguiendo con su metáfora, lo que falta es la apreciación del bosque. Lo que falta, agregamos nosotros, es la percepción de líneas de continuidad, de tramas que permitan vincular a diferentes sectores de nuestra literatura, trazar caminos, establecer lazos, vinculaciones, líneas progresivas de avance y de incorporación de nuevas obras.

En esos artículos y en su obra posterior algo queda claro desde el comienzo: la postulación por parte del dominicano de la existencia de la literatura latinoamericana. Estas ideas que venimos proponiendo, comienzan a percibirse con cierta claridad en la conferencia que el dominicano dicta en Buenos Aires en 1926 y que luego volcaría en los *Seis ensayos...* bajo el título “El descontento y la promesa”. En ese lugar, plantea:

Tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental (HENRÍQUEZ UREÑA, 1989: 42).

Puede apreciarse que se anticipa en más de dos décadas las conocidas ideas que Borges presentaría unos años después (como conferencia en 1951 y publicadas en varias ocasiones durante la década del 50) en “El escritor argentino y la tradición”, y que fueron bendecidas con el éxito de una difusión mucho más amplia que la que tocó en suerte al dominicano. En esta sentencia, se percibe un duro ataque al esencialismo: la propuesta consiste en realizar una apropiación irreverente, de la cultura europea. Es en este sentido en el que el esencialismo ha sido derrotado: ya no existe una esencia nacional o continental, sino que lo que se presenta es una identidad que se construye socialmente, como producto resultante de la apropiación voluntaria, fundamentalmente, de la literatura europea.

En el ya referido ensayo “El descontento y la promesa”, Henríquez Ureña postula de modo explícito un movimiento de continuidad, una dialéctica que atravesará a las generaciones literarias desde la Independencia política, momento de divisoria de aguas que llegará hasta el momento del presente de la enunciación: la dialéctica entre descontento y promesa será el motor que conducirá a la historia literaria de la América Hispánica en la búsqueda de su expresión genuina: “En cada generación –afirma- se renuevan, desde hace cien años, el descontento y la promesa” (HENRÍQUEZ UREÑA, 1989: 35). Descontento que acarreará el rastreo de nuevos modos de expresión que se transformarán en la promesa de alcanzar la forma diferenciadora de nuestra América: en esa búsqueda de originalidad habita la utopía americana de la que habla Henríquez Ureña. Una utopía que, como toda utopía, se encuentra diferida, alejada, inalcanzable, pero, a la vez, en el camino hacia una meta que persiguen los escritores de la América independiente. Beatriz Sarlo señala en un ensayo que dedica al dominicano: “Henríquez Ureña traza el camino recorrido por las formaciones culturales, encontrando en la utopía no una forma de representación de lo imposible sino una representación de las fuerzas que se articularon en los procesos históricos” (SARLO, 1998: 884-885). En este sentido, la utopía constituye un movimiento articulador y estructurante, una tendencia que conduce hacia un futuro (y que a su vez se articula con el pasado) superador. Ese *continuum* es postulado por la mirada del crítico, quien construye esa unidad incesante que conserva algo del pasado y se proyecta hacia un futuro utópico: existe una continuidad de la literatura hispánica que supone la posibilidad de considerar la unidad continental.

Y esta búsqueda de expresión se encuentra magnificada por un problema central para la historia literaria hispanoamericana: el del idioma. Con el proceso independentista se produjo una separación política de España, pero tal separación no generó una ruptura idiomática. Esa continuidad, esa permanencia del idioma heredado de la metrópoli, parecía restringir nuestra posibilidad de expresión genuina, autóctona y personal.

Como plantea Rubén Darío a comienzos del siglo XX en “Los colores del estandarte”, cuando se inquiría con aquel famoso: “¿A quién puedo imitar para ser original?”, la pregunta que guía a las generaciones post independentistas es –para el dominicano- la de cómo ser originales, cómo lograr la libertad que ya se había esbozado en el terreno político, en el espacio estético y, en particular, en el terreno de la escritura. Plantea allí mismo Henríquez Ureña:

No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuando en él se escribe, se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitara doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda (HENRÍQUEZ UREÑA, 1985: 38).

Y en eso consistirá la búsqueda de nuestra expresión para el dominicano: si la expresión genuina –la literatura genuina- no está dada por una esencia oculta, ni por la simple diferenciación idiomática, la distinción tiene que producirse al interior de la propia lengua y esa distinción requiere de un trabajo adicional que permita la expresión personal y en donde predomine el ansia de perfección.

Ese momento fundante que Henríquez Ureña fija para el comienzo de nuestra literatura es el año 1823, cuando se produce la publicación de la “Alocución a la poesía”, la primera de las *Silvas americanas* de Andrés Bello. Si bien el dominicano no percibe allí ninguna innovación en el uso de la versificación o de rasgos estilísticos, afirma, sí, que “en sus descripciones de la naturaleza, en cambio, sí había novedad, y quedaron como conquistas definitivas en nuestra búsqueda de expresión” (HENRÍQUEZ UREÑA, 1985: 109). Es un comienzo en consonancia con la indagación en búsqueda de un discurso propio.

Poco después corresponderá a Esteban Echeverría el descubrimiento de la revolución espiritual del romanticismo, movimiento que permitía la consolidación de una expresión propia a cada grupo nacional o regional, de la revelación del alma a través de la expresión literaria y que contrastaba con la universalidad neoclásica anterior. Es decir, el espíritu de la época. El modernismo y las vanguardias completarán el cuadro.

La imagen que Henríquez Ureña brinda de América Latina –al menos en el aspecto literario- es la de un continente en un proceso continuo de búsqueda y

renovación. En un proceso dinámico de construcción permanente de su integración y de un imaginario propio. Ana Pizarro ha comentado la función que en nuestro continente tiene la literatura, de un modo más destacado que en otras regiones, ya sea como “constructora de identidad, conformadora de imágenes sociales, fundadora de civilización” (PIZARRO, 1994: 34).

Es necesario aclarar, no obstante, que este intento del dominicano, esta propuesta y esta búsqueda de una unidad para la literatura latinoamericana, lo obliga, como sostiene María Teresa Gramuglio, “a silenciar aspectos conflictivos”. Agrega también que: “La unidad de lo que prefería llamar ‘América Hispánica’ como totalidad era asumida en este libro como un hecho, y ni el objeto ni el método merecieron en esas páginas ninguna discusión” (GRAMUGLIO, 2013: 380). Habrá que esperar varios años para que comiencen a percibirse diferentes problemas historiográficos que resultaban, todavía, invisibles al dominicano: cuestiones vinculadas con el recorte del espacio continental, con la convivencia de diferentes sistemas literarios, con criterios de periodización.

Final

París –ciudad a la que refiere en el epígrafe con que se abren estas líneas– podría haber sido un buen destino para el dominicano si se hubiese propuesto llevar una vida acomodada y sedentaria, libre de las penurias de los traslados, de la incertidumbre del salario y de la soledad de tierras en las que en ocasiones se encontró alejado de los seres más cercanos. Llevar una vida en Francia, próximo a su gran amigo Alfonso Reyes, con quien compartió el Ateneo de la juventud en el México del período lindante con la revolución, hubiera sido para el dominicano una ocasión de alegría fraterna y de comunión intelectual.

A cambio de ello, eligió desde temprano el llamado de su tierra. La defensa que emprendió de su patria contra el imperialismo norteamericano que ocupó el territorio de Santo Domingo en 1916; el dictado de las conferencias que, en el marco de las “Charles Eliot Norton Lectures”⁷, presentó en inglés y en la

⁷ Las primeras “Charles Eliot Norton Lectures” se dictaron en 1927. Tres hispanoamericanos fueron invitados desde entonces, Pedro Henríquez Ureña (1940-1941) con las ya mencionadas, Jorge Luis Borges (1967-1968) presentó “The Craft of Verse” y Octavio Paz (1971-1972), “Los hijos del

universidad de Harvard –en el centro del imperio- bajo el título de “In a search of expression: literary and artistic currents in Hispanic America”⁸ manifiestan su capacidad de intervención, su rol como un auténtico intelectual latinoamericano.

* * * * *

Quizás Pedro Henríquez Ureña no debería haber ido a La Plata ese día, el 11 de mayo de 1946 por la mañana. Almorzar en Harrods no hubiese estado mal. Descansar, conversar con sus amigos de la editorial Losada, planear libros futuros. Sus eventuales alumnos hasta se hubieran sentido felices por tener el sábado libre. A cambio de ello, en diálogo consigo mismo, habrá recordado, mientras salía apurado de su departamento de la calle Ayacucho, un fragmento de uno de sus textos centrales, “Patria de la justicia”: “no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar.” (HENRÍQUEZ UREÑA, 1989: 11).

BIBLIOGRAFÍA

- BOLÍVAR, SIMÓN. *Escritos políticos*. Selección, introducción y notas de Graciela Soriano. Madrid, Alianza, 1983.
- CARILLA, EMILIO. “El americanismo de Pedro Henríquez Ureña” en *Pedro Henríquez Ureña. (Tres estudios)*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1956.
- COESTER, ALFRED. *Literary History in Spanish America*. New York, The Macmillan Company, 1916.
- DEMOLINS, EDMOND. *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*. Paris, Firmin-Didot, 1897. (<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148>)
- FERNÁNDEZ CIFUENTES, LUIS. “La literatura española en los Estados Unidos: historia de sus historias” en Romero Tobar, Leonardo (ed.). *Historia*

limo”, pero sólo un español (y español exiliado), Jorge Guillén (1957-1958). Esta diferencia, por más que no llegue a responder a una proporción perfectamente estadística (la población española sólo constituye el 10 % del mundo hispanoablante) no deja de representar la prevalencia que adquirió en Estados Unidos la literatura hispanoamericana a partir de un determinado momento. Tomo esta información de FERNÁNDEZ CIFUENTES, 2004: 265, n.29.

⁸ Luego serían publicadas en libro en 1945 bajo el nombre de *Literary Currents in Hispanic America*, y fueron traducidas al español por Joaquín Díez-Canedo y editadas por el Fondo de Cultura Económica en 1949.

literaria/Historia de la literatura. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp.253-272.

FOUCAULT, MICHEL. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Madrid, Pretextos, 2004.

GRAMUGLIO, MARÍA TERESA. "Literatura comparada y literaturas latinoamericanas. Un proyecto incompleto" en *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario: Editorial Municipal de Rosario, 2013.

HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, Babel, 1928.

----- . *Las corrientes literarias en la América hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985 [1949].

----- . *Historia de la cultura en la América hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997 [1947].

----- . *Obra crítica*. Edición de Emma Susana Speratti Piñero. Prólogo de Jorge Luis Borges. México, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1960].

----- . *La utopía de América*. Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989 [1978].

----- . *Memorias. Diario. Notas de viaje*. Introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. México: Fondo de Cultura Económica, 2000 [1989].

----- . *Ensayos*. Edición de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. Madrid: Galaxia Gutenberg, 1998.

----- . *Desde Washington*. Edición de Minerva Salado. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

----- Y ALFONSO REYES. *Correspondencia 1907-1914*. Ed. De José Luis Martínez. México, Fondo de Cultura Económica, Col. Biblioteca Americana, 1986.

HENRÍQUEZ UREÑA DE HLITO, SONIA. *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía*. México, Siglo XXI, 1993.

- KRAUZE, ENRIQUE. "El crítico errante: Pedro Henríquez Ureña", *Vuelta*, N° 100, marzo, 1985.
- MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO. *Antología de poetas hispano-americanos*. Madrid, Estudio tipográfico "Sucesores de Rivadeneyra", 1893-1895.
- . *Historia de la poesía hispano-americana*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911-1913.
- PIZARRO, ANA. "El discurso literario y la noción de América Latina" en *De ostras y caníbales. Reflexiones sobre la cultura latinoamericana*. Santiago de Chile, Editorial Universidad de Santiago, 1994.
- RAMA, ÁNGEL. *Diario (1974-1983)*. Caracas, Trilce/La nave va, 2001.
- SARLO, BEATRIZ (1985). "Pedro Henríquez Ureña: lectura de una problemática" en Henríquez Ureña, Pedro. *Ensayos*. Edición de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. Madrid, Galaxia Gutenberg, 1998 [1985].
- UNAMUNO, MIGUEL DE. *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*. Madrid, Espasa Calpe, Col. Austral 703, 1957 [1905].